

CARLOS ARRIZABALAGA

## SELECCIONES DE NARRATIVA PIURANA

La literatura regional presenta muchos matices e influencias, ya sea cuando se inclina hacia un ambiente urbano o lo mismo cuando se enmarca en un espacio campesino, y esas dos vertientes (ciudad/campo) se corresponden casi siempre con un conjunto de actitudes y motivos determinados. Lo urbano se asocia con más frecuencia a juventud, aislamiento, vida nocturna, crisis psicológicas y desesperanza. El relato campesino suele tener violencia y lucha asociadas a una vida más tradicional, a costumbres populares, y a celebraciones familiares.<sup>1</sup>

Piura ha sido una región eminentemente agrícola con cierto grado de diversificación (se cultiva arroz, algodón, limón, mango), que a lo largo del siglo pasado conoció un desarrollo basado en la pesca (Paita) y el petróleo (Talara), a lo que se suman ahora los fosfatos (Sechura). Apenas, en las últimas décadas, ha conocido un brusco y caótico desarrollo urbano con la llegada de las universidades y la más reciente irrupción de modernos centros comerciales, que se apoyan además en un incipiente desarrollo industrial (aceites, cementos) y agroexportador (uva, banano orgánico).

La literatura regional tuvo como referente principal la figura señera de Enrique López Albújar (1872-1966) y su novela

---

1 Ver Manuel Baquerizo, "El cuento en Piura: lo rural y lo urbano", en *Sietevientos*. 3, 1991: 28-30.

*Matalaché. Novela retaguardista* (1928), cuya acción transcurre en las afueras de la ciudad de Piura y en un ambiente señorial, pero con un amplio espacio para los diálogos y las preocupaciones de los negros esclavos y de las humildes empleadas de don Juan Francisco de los Ríos y Zúñiga, padre de la bella María Luz e implacable juez y señor de la tina en la que será cruelmente castigado el bravo José Manuel.<sup>2</sup> La historia se ha vinculado con la novela *Las consecuencias* de Mercedes Cabello de Carbonera aunque su precedente principal sería el cuento “La emplazada” de Ricardo Palma (1874). Se inscribe en una corriente tremendista que tendrá una larga lista de continuadores, pero con un trasfondo de novela histórica que sólo sería continuado por Néstor Martos Garrido (1904-1973), y su relato: *El correo de la Gasca* (1965).

La literatura piurana quedará definitivamente marcada por la obra de Francisco Vegas Seminario y su versión norteña del primer indigenismo literario. Fuertemente influido por Ventura García Calderón, elabora una personal visión de venganza y las pasiones de campesinos del bajo Piura caracterizados por un fuerte sentido del honor, arrebatos súbitos de violencia y cierta ataraxia en su tono vital. Adquieren cierta perspectiva grandiosa Taita Yoveraqué y Juan Yamunaqué, señores de un mundo agónico que desafían el poder del blanco adinerado y el despótico hacendado.

El ánimo de registrar lo popular y de marcar en el relato el habla regional se refleja hasta en exceso en los diálogos con disgrafías que serán muy imitadas: *ideyas*, *morciégalos*, *piores*, *miajita*, *bromeye*, *picaus*, *prefeto*, *juerzas*, *fello*, *dijuntos*, y muchos más, que reflejan pronunciaciones generales del habla popular junto a rasgos distintivos del deajo piurano.

---

2 Dos fragmentos de la novela se publicaron en la revista *Amauta*. “El milagro de María Luz” (Nº 14, abril de 1928) y “Un día solemne, una fiesta brillante y una mano perdida” (Nº 17, septiembre de 1928).

Francisco Vegas Seminario (1899-1988) fue diplomático en Europa por muchos años, donde publica *Chicha, sol y sangre* (París, 1946), colección de catorce relatos, algunos de los cuales se ofrecen luego en *Entre algarrobos* (Lima, 1955) entre los que destacan: “El primogénito de los Godos” y “Taita Dios nos señala el camino”. Publica también relatos en revistas, como *Piuranidad*, “La subconciencia manda” (1956) de modo que emocionalmente siguió siempre vinculado a su Piura natal, y muy especialmente luego de su retiro de la carrera diplomática. Vegas también publicó diez novelas, entre las que hay algunas de carácter histórico, aunque las mejores son las de tema telúrico: *Montoneras* (Premio Nacional de Novela en 1954) y, sobre todo, *Taita Yoveraqué* (1956).

El mayor reparo que puede hacerse de la narrativa de Vegas Seminario es la lentitud y torpeza con que arma la acción, con algunas páginas confusas o pesadas, pero cabe rescatar la fuerza de los diálogos, la intensa personalidad de sus personajes y en general la simpatía con que presenta la problemática y el ambiente en que se mueven el conflicto, simpatía que se refleja con claridad en una innegable gracia en el empleo del lenguaje, aunque a veces el abuso de regionalismos conlleva también cierto cansancio. La simpatía de Vegas Seminario era parte notable de su personalidad y la advirtió perfectamente Vargas Llosa cuando lo entrevistó para el suplemento cultural del diario *El Comercio* de Lima (Rodríguez Rea, 1996: 61).

\*\*\*

La influencia de Vegas Seminario se percibe fácilmente en toda una generación de narradores vinculados al periodismo piurano y casi todos profesores del Colegio Nacional San Miguel, donde el premio Nobel Vargas Llosa estudiaría su último año de secundaria

en 1952. Junto a Néstor Martos –autor también de una novela corta: *El cheque falso* (1943)–, el grupo estaba formado por Jorge Edmundo Moscol Urbina (1916-2002); Federico Varillas Castro; Juan Antón y Galán; a los que se unen luego José Hipólito Estrada Morales (1923-2008); y Juan Alvarado Chuyes (1930-2009). En el ámbito periodístico se movía el narrador Rómulo León Zaldívar y el escritor costumbrista José Vicente Rázuri.

En realidad, todos ellos ejercieron el periodismo en los distintos medios de la provincia. El primero de todos fue *Ecos y Noticias* que fundó José del Carmen Rivera en 1933, con Carlos Chávez Sánchez y Augusto Moscol como redactores. Vargas Llosa lo menciona en *La casa verde* (1966):

Mientras ellos juegan rocambo, dominó o tresillo, en los salones llenos de alfombras y penumbras, entre óleos ovalados, grandes espejos y muebles con forro de damasco, las señoras rezan el rosario, negocian los futuros noviazgos, programan las recepciones y las fiestas de beneficencia, se sortean las obligaciones para la procesión y el adorno de los altares, preparan kermeses y comentan los chismes sociales del periódico local, una hoja de colores que se llama *Ecos y Noticias*.

Otro rotativo importante fue “La Industria”, fundado por Miguel F. Cerro en 1918, aunque el que perduraría finalmente sería “El Tiempo”, fundado dos años antes, donde fue jefe de redacción. En 1953, Jorge Moscol emprende un periódico de tinte sensacionalista llamado *Hechos*, que se edita primero en Piura y más tarde en Negritos, abanderando la lucha por la creación de la provincia de Talara y sus intereses petroleros. La empresa fue apoyada por Ramón Abásolo Razuri, y en la redacción colaboraron Carlos Robles, Reynaldo Moya y Félix Miranda. Entre las revistas más importantes de la provincia cabe mencionar *Piuranidad*,

que costaba 3 soles y reunía relatos, artículos y ensayos de cierta extensión, y *Época*, que contó con una sección literaria dirigida por Estrada Morales por más de cuatro décadas.

Como en otras literaturas regionales, la deuda que tiene la narrativa piurana con el periodismo es evidente y eso lleva a que muchos relatos no busquen tanto la construcción de un argumento hábil e ingenioso, sino mucho más la penetración en tradiciones, creencias y costumbres locales, por lo que la mayoría de los autores más que ficción escriben reportajes con un estilo literario o en todo caso periodismo literario con estampas descriptivas o escenas de la vida cotidiana.

En este universo, hay motivos que se repiten en distintos autores: el médano blanco que se traga a los que no respetan las creencias locales, los huaqueos de viernes santo, los encantos de las lagunas, los cerros o de los médanos, las competencias de cumananas, junto a motivos más interesantes, como los tutunderos o el despenador y, por supuesto, los bandoleros, que son solo algunos de estos temas recurrentes. Dentro de esta tendencia costumbrista, hay un caso excepcional en las estampas de la sullanera Dolores Cruz de Acha (1915-1972), muchas de ellas pensadas para ser representadas en las verbenas o kermeses de fin de año escolar.

Asimismo, hay en esos primeros momentos un apremiante deseo de transcribir el habla popular, que se ha mantenido en escritores posteriores, como Carlos Espinoza León y Raúl Estuardo Cornejo (Chulucanas-Morropón); Mario Palomino (Sullana); Teodoro Garcés Negrón (Piura); y muchos otros. Jorge Moscol Urbina fue tal vez el que logró crear de manera más convincente una atmósfera literaria en sus *Cuentos sechuras* (1967). La primera edición contaba con un prólogo de Luis Ginnochio Feijoo. Ronald Antón ha vuelto a editar los relatos de Moscol añadiendo algunos artículos críticos como epílogo en ediciones dirigidas a los escola-

res piuranos, en 2008 y 2014. En los relatos de Moscol, se muestra una gran madurez narrativa y una mayor finura en el humorismo de las escenas, la gracia de los diálogos y en el hábil manejo de la acción. Se ambientan todos en la singular comunidad de Sechura: “El engaño”, “El cholo capitulero”, “El hijo del cura”, “El pedimento”, “El día de las elecciones”, “La respetación”, que es un precedente del cuento “Etoy ronca” de Gálvez Ronceros<sup>3</sup>, “Impuesto al piajeno”, “El padrino de uñas”, “El licenciado”, “Un sechura en París”, “El maestro don Simón Garabatillo”, y tres anécdotas recogidas por el autor en “La clásica chispa y lisura del poblador sechura”. Moscol también fue autor de *Mangachería rabiosa*, que sigue en la misma línea con relatos ambientados en Piura, y *Sombra del algarrobo* (1977), que contiene una novela corta (“La chompa roja”) y cuatro cuentos, de problemática urbana.

\*\*\*

En 1966, el Colegio San Miguel publica un librito mecanografiado con tres *Cuentos piuranos*, “El cholo capitulero” de Moscol, “Una como muchas” de Varillas y “La revancha” de Antón, con un breve prólogo de Estrada Morales, quien atinó a destacar la mayor capacidad narrativa de Jorge Moscol dentro del grupo. Parece que el propósito era la difusión de los relatos entre los estudiantes del mismo colegio.

Fue la primera antología de literatura piurana. Luego, vendrían muchas otras. Diez años después, aparece *Cuentos piuranos* con los relatos: “Los ojos de la reana”, de Moscol Urbina, “El cholo

---

3 Rafael Gutarra, “Dicotomía: oralidad y escritura en el cuento “Etoy ronca”, en *Siete-vientos*, 23, 2013, pp. 24-33.

Ramírez”, de Alvarado Chuyes, “La apuesta”, de Estrada Morales, y “El gavilán de pecho”, de Juan Antón Galán.

Guillermo Burneo Cardó preparó ese mismo año la antología *Cuentos piuranos* (Piura, 1976), en la que incluye “Los ojos de arena” de Moscol, “El cholo Ramírez” de Juan Alvarado Cuyes, “El gavilán” de Juan Antón y Galán y “La apuesta” de José Estrada Morales. Burneo destaca la amistad que mantuvo Estrada con Vargas Llosa desde que éste fuera su alumno en el Colegio San Miguel, pero reconoce que aquel no poseía los mismos “malabares formales” del arequipeño, pese a que construye un relato de argumento semejante al de “El desafío” (1957). En el prólogo (pp. 5-13), destaca claramente la maestría de Moscol Urbina: exhibe un método dialógico descriptivo” y en su disposición periodística del espacio ofrece “un cuadro general de la variable dialectal del poblador norteño con sus modismos y apócopos, con sus creencia y supersticiones”.

Moscol Urbina fue también uno de los seleccionados en un concurso literario promovido por Petroperú en 1980 y su cuento “Romance en el coloche” apareció en *Antología del cuento piurano* (Piura, Petroperú, 1982), junto con “El petate”. En esa gran antología, organizada por la dirección de operaciones del oleoducto norperuano, se incluyen también otros autores y otros cuentos: “Margarita Evangélica”, “Los ensayos del amor” y “La cuarta reincidencia” de Sigifredo Burneo Sánchez (pp. 11-18) “Los tutunderos” de Carlos Espinoza León (pp. 19-32); “El señor director” de Genaro Maza Vera; “Pío quinto” de Adán Vásquez Arrieta; “Damián el licenciado” de Luisa Guarnizo Córdova; “De mi pandilla” de Arturo Davies Guaylupo; y “El teniente del monte Gavilán”, de Manuel Cevallos Flores.

Houdini Guerrero en *Ocho narradores piuranos* (Lima, Lluvia editores, 1988) reúne “Piedra de sacrificio” de Cronwell Jara;

“Puras mentiras” de Christian Fernández; “Posesión” de Genaro Maza Vera; “Summer craziness” de Sigfredo Burneo; “El retorno” de Mario Palomino; “Tomapampa de Jambur” de Víctor Borrero Vargas; “Un paseo” de Wilmer Rojas; y “Juan Pino” de Houdini Guerrero. Es la primera vez que aparece un relato de Borrero (1943-2008), que será finalista del premio Copé de cuento hasta en cuatro ocasiones, siendo uno de los narradores más complejos e interesantes de la región. Wilmer Rojas (Piura, 1960) es un escritor prolífico y también fue autor de una selección de *Textos literarios regionales para Educación Básica Regular* (Piura, 2009). Cronwell Jara (Piura, 1950) es posiblemente el mejor narrador piurano de las últimas décadas, fue ganador del primer premio Cope en 1985, con su cuento “La fuga de Agamenón Castro” y destacaría también como novelista con *Montacerdos* (1981) y *Partíbulo para un caballo* (1989). Sus cuentos, especialmente “Hueso duro”, están presentes en muchas antologías de ámbito nacional.

Victoria Torres Celi, Carmen M. Torres Celi y Audelia Ubillús Navarro publicaron al año siguiente *Selección de cuentos piuranos* (Piura, CIPCA, 1989). Es la única antología hecha por mujeres. En el volumen, se incluyen varios ya mencionados de Moscol, Burneo y Vegas Seminario, junto con “La Suyana” de Cruz de Acha; “Los tutunderos” de Espinoza León; “Somos de junto al río” de Christian Fernández; “Hueso duro” de Cronwell Jara; “Cien metros para todo el mundo” de Rigoberto Meza Chunga; y “El que tira la piedra olvida” de Houdini Guerrero. Espinoza León y, a cierta distancia, Meza Chunga y Guerrero desarrollarán también una carrera literaria fructífera al menos en el ámbito regional. Fernández (Piura, 1960) se dedica desde hace unos años a la docencia en Estados Unidos. Houdini Guerrero ha destacado por editar una revista literaria, *Sietevidios*, que ha proporcionado espacio para muchos escritores, y también temas de reflexión y



análisis para el comentario de muchas obras literarias regionales. Es un caso único de revista literaria que ha pervivido ya 25 años de trayectoria procurando mantener en todos sus números, pese a los embates y dificultades del entorno, cierta solvencia académica.

La tarea emprendida por Houdini Guerrero con su revista y su editorial homónima comenzó con una selección de cinco relatos (Piura, Sietevientos, 1990): “La embestida del carnero” de Teodoro Garcés Negrón; “El impuesto al piajeno” de Moscol Urbina; “El Señor de Chocán” y “Un Sechura entre gallos” de Luis Carnero Checa; “La Suyana” de Cruz de Acha; y “El amigo de Vícús” de Georgina Fournier Arica. Salvo el último relato, todos pertenecen a escritores con algunos valores literarios, especialmente los dos primeros. Garcés Negrón (1897-1981) había nacido en Paita, pero desde los años 50 residía en Lima. Autor de un curioso *Romancero piurano* (1965), nunca publicó sus relatos, que poseen una indudable calidad literaria, y así permanecieron ignorados hasta que la Biblioteca Nacional los dio a conocer póstumamente (*La embestida del carnero y otros cuentos norteños*. Lima, Perulibros, 1988).

\*\*\*

El Centro de Interpretación y Promoción del Campesinado (CIPCA), a través de su emisora Radio Cutivalú, La voz del desierto, emprendió una campaña en favor de la lectura con el convencimiento de que al promover la cultura regional se podría mejorar también las condiciones de vida de amplios sectores de campesinado que sufrían las contradicciones de la reforma agraria que les hizo propietarios de las tierras que cultivaban, pero que les volvió también más pobres y más cruelmente dependientes de los nuevos patronos del crédito financiero, los acopiadores, el

desorden del mercado local y las arbitrariedades o desidia de los funcionarios estatales.

Radio Cutivalú convocó un concurso anual de mitos, cuentos y leyendas piuranas, que comenzó con extraordinario entusiasmo, pero que pronto languideció hasta desaparecer sin solución de continuidad.<sup>4</sup> En la primera convocatoria declararon desierto la categoría de mitos y premiaron cuentos y leyendas. Los premiados se publicaron en *El amigo de Vicús: primer concurso de cuentos, mitos y leyendas* (Piura-Lima, CIPCA-Lluvia Editores, 1990). Georgina Susan Fournier Arica ganó el primer premio con el cuento que da título al libro, que fue presentado por el promotor del concurso, Rolando Ojeda, quien fuera director de Radio Cutivalú y destacado promotor de la cultura regional. Dicho premio recibió apoyo del Banco Regional.

Al año siguiente, el concurso mejoró: se presentaron 154 trabajos, con ocho premiados y cinco menciones honoríficas. El jurado estuvo conformado nuevamente por Sigifredo Burneo y Houdini Guerrero, con la incorporación de Alberto Alarcón. Julio Carmona ganó el primer premio de cuento con “De entierros y desentierros”, un buen relato de bandoleros, y Ramiro Rosas quedó segundo con el cuento “Cuando llueve todos se mojan”. Los personajes malvados contra los que tienen que luchar incansablemente los esforzados campesinos son ahora los ingenieros del Ministerio y no ya los viejos patrones de las haciendas. Los premiados salieron publicados nuevamente en un libro bajo el título de la leyenda ganadora: *La leyenda del gran lagarto de oro* (Piura, CIPCA, 1991).

---

4 Con anterioridad cabe mencionar los Juegos Florales que organizó la Universidad de Piura los años 1970-1973, el Concurso Regional de Cuentos que organizó SINAMOS en Piura (1973), y el Concurso Regional de Cuentos convocado por el INC-Piura en 1981.

Los siguientes concursos bajaron en calidad y en número de trabajos presentados y se fueron publicando en volúmenes dobles: *La Shira. El pajarero vengador* (Piura, CIPCA, 1994). El mismo jurado del año anterior concedió cuatro premios y siete menciones en 1992, resultando ganador Rafael Gutarra, que inventa una figura de atmósfera legendaria en la Shira, personaje femenino peludo y desnudo con pies volteados que secuestra a Lucio Rumiche para preñarse de él en una cueva hasta que pasados los años el hijo fruto de esa relación le ayuda a salir y juntos queman a la monstruo que ya estaba “medio chumadita”. Alarcón presidió el jurado el año 1993 otorgando cuatro premios y cinco menciones honrosas.

Menos importancia hubo todavía en la quinta convocatoria de 1994 que se publicó recién tres años después: *En el bravo andanjo* (Piura, CIPCA, 1997), en el que salió ganador el cuento de Aníbal Carrasco. En el mismo volumen aparecen los relatos del sexto concurso. Y en 1995 ganó el señor Manuel Huacchez Jiménez con su cuento –muy mediocre– “Don Enrique y sus fantasmas”, que convierte en protagonista al escritor López Albújar.

Al año siguiente, el concurso consiguió 127 trabajos con seis premios y seis menciones, obteniendo el primer premio Genaro Maza con su cuento “Ella los quería mucho”. El segundo premio recayó en “Los rastreadores” de Carlos Espinoza León. En el último concurso publicado (siguieron celebrándose hasta el año 2000), se advierte finalmente el cansancio, aunque todavía hay 142 trabajos presentados, y hubo cuatro premiados y ocho menciones. El jurado lo conformaba el señor Oswaldo Purizaga, en representación del INC, y Anahí Baylón, representando a la Municipalidad Provincial de Piura. La mayoría de los relatos repetían los mismos tópicos de encantos, brujas, compactados,

tesoros enterrados, médanos con poderes maravillosos y un ambiente campesino sin calidad ni fuerza narrativas suficientes.

En una mirada de conjunto, Radio Cutivalú verdaderamente realizó un trabajo formidable; y su estímulo a la creación cultural ayuda a explicar la gran cantidad de producción narrativa que presenta la región piurana en el conjunto del país. Animada por el ejemplo de los escritores de los 50 y 60, el suyo sin duda fue un gran esfuerzo para promover la creatividad literaria y la lectura de relatos regionales, pero no logró finalmente el resultado esperado de promover una mejora en la calidad de vida del campesinado o de acentuar su identidad. En ese propósito había una ofuscación basada en una sobrevaloración del mito que apenas contaba con mitos y leyendas, y que por cierto no solía verse tan nítidamente reflejado en los relatos, muchos de ellos más vinculados al cine norteamericano que a la dura realidad de la región.

\*\*\*

El piurano Sigifredo Burneo Sánchez, catedrático de la Universidad Nacional de Piura, ofreció algo más que una antología en su trabajo *La narrativa contemporánea en Piura* (Piura, Sietevientos<sup>5</sup>, 1991). Contiene información sucinta, pero precisa de cada autor, y escoge un fragmento significativo de poesía o narrativa de todos los escritores nacidos en Piura que han publicado obras en la región, con lo que se convierte en un manual breve, no obstante imprescindible para el conocimiento de la narrativa y la poesía norteñas. Incluye los relatos “La respetación” de Moscol Urbina, un fragmento sin título de Miguel Gutiérrez, “El mote”

---

5 Tuvo una segunda edición en Piura (Aral, 2007) y todavía una tercera también en Piura (Municipalidad Provincial de Piura, 2012).

de Espinoza León, “Claro de Luna” de Rigoberto Chunga, “Ojo hondo” de Víctor Borrero, “Al sonar de la quebrada” de Mario Palomino, “El ensalce” de Genaro Maza, “Piedra de sacrificio” de Cronwell Jara, “La montaña” del propio Burneo, “Congosm Arac” de Wilmer Rojas, y “Sellado por la inutilidad” de Houdini Guerrero.

Burneo Sánchez incluye también una ficha de cada autor y una buena referencia de revistas y grupos literarios. Y lo más importante, una reflexión final (pp. 83-87) en torno a los temas y motivos recurrentes de la narrativa regional: interés por el pasado tallán, encantos vinculados con lagos y médanos, por la marginación y el anhelo de justicia, por la fuerza de la naturaleza, particularmente de las quebradas, y por la reproducción del habla popular. A todo ello habría que asociar motivos ya mencionados como el bandolerismo o la violencia campesina.

Ese mismo año Alberto Alarcón había esbozado algunas ideas en torno a la narrativa norteña en la presentación del segundo concurso de Radio Cutivalú (pp. 11-20). Alarcón distingue claramente dos posturas, la primera ya presente en Vegas Seminario o el padre Justino Ramírez, quienes ven “desde arriba” las tempestades que padecen, por ejemplo, Yamunaqué y los de *su* raza. En esa visión destaca también a Moscol Urbina y a Garcés Negrón. Luego viene una “nueva generación, armada de ideología”. Escritores que ofrecen, según él, una visión “desde abajo” y están marcados por la experiencia socialista, y reúne romanticismos mesiánicos junto a un estudio riguroso de nuestra realidad. “No se contentan con la pura estampa folclórica sino que quieren ser un testimonio vivo de la gran capacidad creativa del pueblo”. En esta órbita sitúa a Genaro Maza, Cronwell Jara y Víctor Borrero, “el más popular de nuestros escritores”, que “ha elevado a lenguaje literario el habla popular de la región”.

Añade luego a Christian Fernández, Carlos Espinoza León, Mario Palomino y Houdini Guerrero. Se trata, sin duda, de una reflexión de hondo calado pero que estaba ofuscada por la presunción tan en boga en aquellos años de que la literatura comprometida ideológicamente resultaba más verdadera, positiva o valiosa, cuando de hecho la posición ideológica ni quita ni añade nada a la calidad literaria que pueda tener una obra, y de hecho pasados los años algunos textos de la generación anterior vuelven a captar el interés de los lectores mientras muchos de la generación nueva no han llegado a calar en el interés real de los piuranos.

Posteriormente, será el sullanero Mario Palomino quien presente una nueva antología, *Los doce* (Sullana, Panorama, 2007), reeditada luego como *Literatura regional* (Sullana, Panorama, 2012). Incluye cuentos para niños (dirigidos para un ámbito escolar): “Kutí, la niña que quería la luna” y “La hormiga que quería ser escritora” de Cronwell Jara y “Maruja la lombriz” de Gabriel Garay, junto con otros no tan infantiles como “El pacto de mister Leigh” de Genaro Maza, “El canto del chilalo” de Carlos Espinoza, “Al sonar de la quebrada” del propio Palomino, “A la salida del colegio” de Jesús Gutarra, “Adivinación de la luna” de Houdini Guerrero, “El resplandor al final de la calle” de Víctor Borrero, “Margarita Evangélica” de Burneo, y “Taita Dios nos señala el camino” de Vegas Seminario.

También, con un propósito escolar el editor limeño Boris Romero Accinelli preparó su *Antología del cuento piurano* (Lima, Brasa Ediciones, 2010), dentro de una colección de antologías que abarcó los distintos departamentos del país. Incorpora algunos de los diez relatos que habían sido incluidos por Carlos Arrizabalaga en un concurso organizado por Gerardo Temoche en *Selección regional de cuentos* (Piura, Pluma Libre, 2006). El propio Temoche con José Lalupú seleccionaron otros once relatos vinculados con el

mundo del fútbol en *Selección piurana* (Piura, Pluma Libre, 2008), entre los que destaca “El hincha” de Eduardo Valdivia (Sullana, 1970), junto a otros relatos de Lalupú, Cosme Saavedra, Ángel Hoyos (Sullana, 1981), Víctor Borrero, José Gabriel Sandoval (Piura, 1976), Víctor Hugo Palacios (Piura, 1972) y Julio Carmona (Chiclayo, 1945).

Boris Romero es el único que incluye un cuento *andino* de López Albújar: “Cómo habla la coca”, desafiando la estrechez de criterios temáticos de otras antologías. También, incluye relatos de otro escritor piurano no siempre reconocido como tal: el paiteño Luis Felipe Angell de Lama (1926-2004), mejor conocido como “Sofocleto”. Además, incorpora el reiterado “Taita Dios nos señala el camino” de Seminario; “Una vida completamente ordinaria” de Miguel Gutiérrez; y cuentos de Carlos Espinoza León; Raúl Estuardo Cornejo; Borrero; Cronwell Jara; Gerardo Temoche; y Christian Fernández. A ellos se suman varios que habíamos seleccionado en 2006: “Cambio de formato” de A. Hernández; “Esta batalla” de Cosme Saavedra (Sullana, 1977); “El cumananero” de Benites; “El hipnotizador” de Josué Aguirre. Sin embargo, a Julio Carmona lo incluirá, pero en su antología de Lambayeque, y eso que radica muchos años ya en Piura. Aunque ha tenido muy poca difusión y muestra ciertas inconsistencias en la presentación, notorias ausencias y una diagramación algo apresurada, es de hecho una antología muy abarcadora y también representativa de la narrativa piurana que se haya hecho hasta el momento.

\*\*\*

En la primera década del siglo, se consolida un grupo de escritores jóvenes vinculados primero en el grupo *Tacreli* y ya luego unidos

por la revista *Magenta*, pequeño boletín de cuidada factura que publicará el 2007 una antología de título y colores llamativos: *Ladran los perros* (Piura, Pluma Libre, 2007), que reúne poesía y cuentos de Ángel Hoyos, Gerardo Temoche, Víctor Hugo Palacios, Josué Aguirre y Luis Gil, entre otros. En una breve reseña inicial (p. 5) ofrece una noticia del grupo, que goza del infatigable apoyo del profesor Manuel Prendes Guardiola.

Por su parte, Fabián Bruno inició en 2010 un blog sobre narrativa piurana que daría luego nombre a una de las mejores antologías regionales: *Estirpe púrpura, diez años de poesía y narrativa en Piura* (Lima, Altazor, 2010), donde figuran poemas y narraciones de quince autores procedentes de diversos grupos literarios. Fueron años de mucha actividad en Piura: presentaciones de libros, tertulias, coloquios... José Gabriel Sandoval, Eduardo Valdivia Sanz, Ángel Hoyos Calderón, Gerardo Temoche y Víctor Hugo Palacios pertenecen al grupo *Magenta*, que publica una pequeña hoja literaria y mantiene todavía cierta actividad grupal; Dany Cruz Guerrero, Javier Vilchez Juárez, Henry Córdova Bran, Fabián Bruno y Percy Lúber Ipanaqué provenían de otro grupo, con mayor presencia de la Universidad Nacional de Piura: Plazuela Merino. Otros no se integran en ningún grupo: Jorge Tume (Bernal, 1976), Cosme Saavedra, Ricardo Musse y Yojani Mogollón Abad.

En este caso, la presentación del libro fue también un evento académico en el que Bruno disertó acerca de la evolución de la literatura norteña en la última década y los quince autores expresaron sus opiniones y reflexiones, sus experiencias sobre el arte de escribir y su percepción acerca de la literatura piurana, en un interesante coloquio celebrado en el Instituto de Cultura de la Universidad Nacional de Piura.



Raúl Estuardo Cornejo (Chulucanas, 1936) se hizo conocido con un temprano libro de cuentos que publicó con el telúrico título de *Horizontes de sol* (1957). Con ellos ganó los Juegos Florales de la Universidad de San Marcos el año anterior, en el que participó sin éxito el propio Vargas Llosa y en el que Ribeyro quedó segundo. Dentro de los relatos incluye una hermosa cumanana:

Dicen que no nos queremos  
porque no nos ven hablar;  
a tu corazón y al mío  
les deben de preguntar.

Cornejo ha regresado a su tierra luego de muchos años de docencia en Lima y en el extranjero, donde también ha desempeñado labores diplomáticas. En 2007, publicó una nueva edición depurada de sus relatos y, sin duda, ha servido de estímulo a la vida literaria de su provincia natal.

En efecto, el año 2012 se publicaron varios libros de literatura piurana, entre los que cabe destacar una selección de relatos: *Cuenta el Ñañañique* (Piura, Lengash, 2012), que congrega a doce escritores de Chulucanas, entre los que destacan Espinoza León y con un homenaje especial, Raúl Estuardo Cornejo. Ese mismo año José Lalupú (Chulucanas, 1981), profesor de la Universidad Nacional de Piura, preparó la cuidada compilación de los relatos de Carlos Espinoza León, narrador ignorado en otras provincias, pero muy conocido en el norte por su versión novelada de la vida del famoso bandolero Froilán Alama y por sus leyendas que ficcionan un maravilloso pasado tallán, *Carlos Espinoza León. Toda una vida* (Piura, Lengash, 2012), la que cuenta además con una introducción biográfica, fotografías de toda una vida y entrevistas y que permite reconocer fácilmente las distintas etapas de la narrativa del escritor.

Jorge Castillo Fan (Piura, 1967), por su parte editó *Sol del Verbo* (Piura, América, 2012), con una antología que recoge textos de 33 escritores piuranos, excluyendo a varios de los ya mencionados. Como siempre pasa, no están todos los que son ni son todos los que están. Están casi demasiados y son pocos los que son, pero encima es terrible la manera como en su “abordaje prologal” vapulea a los segregados con unas “palabras inevitables” realmente inconvenientes y realmente lamentables: disputas literarias ha habido siempre y no faltan motivos para el desencuentro, no obstante sorprende la agresividad de algunos términos y la injusticia con la que califica a sus adversarios. En la colección destacan “El hombre que comía manzanas” de Josué Aguirre; “Eca Periche” de Víctor Borrero; y “Ladrón de tiempo” de Ángel Hoyos.

Fabián Bruno (Piura, 1983) había preparado la selección: *Metáfora: la expresión literaria en la Universidad Nacional de Piura* (Piura, Universidad Nacional de Piura, 2011). Nuevamente, propone una selección narrativa, la última antología publicada hasta el momento, en *Bitácora púrpura* (Lima, Altazor, 2013), con doce relatos de autores de origen piurano escogidos según el editor por su “precisión y frescura apasionada”. Es una edición también pulcra y esmerada. Tiene razón el editor en destacar que la temática de las narraciones es más variada de lo que se suele decir, porque en la memoria está demasiado marcada la tradición campesina mezclada de leyendas no tan sinceras ni naturales como se manifiesta fingida o engañosamente en muchos prólogos improvisados. Pero lo cierto es que los cuentos escogidos tampoco tienen siempre una originalidad tan poderosa y una técnica tan esmerada como proclama, y aunque es bueno reconocer el enorme esfuerzo que los nuevos escritores han puesto en el cuidado de la forma y en mejorar la calidad de las ediciones no todo es poesía y metáfora.

Los cuentos siguen un orden alfabético, pero justo el primero, “El hombre que comía manzanas” de Josué Aguirre, ofrece una reflexión sobre el propio quehacer literario y la difícil barrera entre la crítica objetiva y el comentario interesado. Los otros seleccionados son “El otro río” de Reynaldo Cruz; “Inyección” de Miguel A. Hernández; “Ladrón de tiempo” de Ángel Hoyos; “Celebración de la muerte” de José Lalupú (de ambiente futbolístico, formó parte de otras antologías); “Tríptico de los locos” de Víctor Hugo Palacios; “El curso de las estelas” de Cosme Saavedra; “La apología del juego” de José G. Sandoval; “Peregrino” de Fernando Silva; “Dirigente Máximo” de Jorge Tume; “La más bella del desierto” de Eduardo Valdivia; y “Naufragio” de Javier Vílchez (Piura, 1983), relato de ambientado en el Mediterráneo de las Cruzadas.

\*\*\*

Cualquier selección de cuentos responde a varios motivos, entre los que junto al propósito académico de mostrar tendencias regionales o generacionales, hay que reconocer que también importan el aliciente económico (por su facilidad de venta y difusión), el interés identitario (que enfrenta a un grupo frente a otros), el propósito programático o ideológico (que selecciona textos en función a su compromiso social) y el decisivo valor didáctico (reclamado a veces por las mismas instituciones educativas) que poseen las antologías literarias, que se demostró especialmente en las más tempranas. Sin duda, en todos los casos hay un deseo de reconocimiento y difusión de la propia obra literaria, pero junto a ello pueden darse otros motivos: el plegarse al plan lector y encontrar así apoyo de las instituciones (el caso de *Los doce*), el propósito de afirmarse como grupo literario o generación nueva (el caso de *Estirpe púrpura*), el empeño de demostrar ciertas procla-

mas ideológicas (en los concursos del *CIPCA*), o el esfuerzo de autofinanciarse colectivamente un espacio de difusión (el caso de *Sol del Verbo*).

Respecto a la dimensión pedagógica de las antologías, habría que señalar que esconden una vertiente negativa. En efecto, bajo la presunción de que la lectura de cuentos regionales y la difusión de la cultura local promueve la identidad en los escolares, a través de la representación de motivos, personajes, temas y lenguaje con tonos locales con los que pueden verse reflejados, sin embargo, muchos de ellos no tienen suficiente calidad literaria y a veces ni siquiera están bien escritos ni emplean los signos de puntuación según las normas generales con lo que ofrecen una decepcionante representación que más bien redundaría en una baja autoestima en relación con otros textos ya consagrados y apreciados por la crítica. En fin, que el Inca Garcilaso o los cuentos de Valdelomar no pueden ponerse al mismo nivel y mucho menos verse remplazados por escritores improvisados que han tratado de costearse un libro aprovechando el plan lector para publicar unos cuantos cuentos descuidados, sin gracia y aburridos, y peor aún si encima sus relatos contienen escenas poco instructivas, de una violencia física o sexual gratuita, que ocurre en algunas ocasiones y todo en nombre de la identidad regional o de la experimentación narrativa.

En la medida en que el sistema escolar es una tarea de responsabilidad de toda la sociedad, debe priorizar la lectura de los grandes autores de la literatura nacional por encima de veleidades regionales. El resultado puede ser en verdad negativo y contraproducente respecto del objetivo perseguido, puesto que puede dar lugar a un aborrecimiento de la propia cultura identificada con unos textos que no se saben poner en su lugar.

Finalmente, cuentos y leyendas no deben servir tampoco para reemplazar un estudio objetivo y riguroso de la historia y la etnografía regional, por esa idea falsa de que un cuento puede ser una *radiografía* de un momento de la historia, dado que su circunstancia está impregnada de subjetividad y atravesada por las ideas optimistas o pesimistas de su autor. Todo cuento es ficción y la ficción no debe ocupar el espacio de un recuento prolijo de los hechos y de un juicio mesurado de sus protagonistas, con sus bondades y defectos. Así también, la enseñanza de la literatura no debe ser instrumentalizada políticamente con el deseo de interpretar la historia de maneras parcializadas, que reducen la realidad a un juego de violencia en el que siempre unos son los buenos y otros los malos.

Conforme avanzan las décadas el lenguaje de las compilaciones también va cambiando, de un panorama telúrico lleno de expresiones dialectales difíciles de leer y descifrar en medio de un mundo rural cercano al mito y las leyendas, marcado por la violencia, la lucha por la tierra y los dramas familiares protagonizados a veces por venerables ancianos vamos pasando a un mundo urbano con un lenguaje entrecortado, duro y áspero, de individualidades confusas o atormentadas, y protagonizado no pocas veces por jóvenes que buscan caminos inciertos en una ciudad confusa y peligrosa que todavía está en construcción y en la que a veces aflora una violencia desbaratada e incomprensible.

Se evidencia con el tiempo una mayor preocupación por la calidad de la prosa y menor interés por la relevancia del tema o por el dramatismo de la situación, de modo que si los narradores de los 50 fallaban muchas veces en descuidos formales, reiteraciones innecesarias o expresiones inútiles, ahora, advertimos textos más pulcros, pero que muchas veces fallan en el final, como ocurre en el relato “El loco de los números” de José Lalupú, en que luego

de un esmerado desarrollo llegamos a un final inconsistente y decepcionante.

Las antologías van mostrando la evolución de las generaciones y la persistencia de algunos nombres; entre otros muchos que se lleva el viento, acaba revelando los autores que han gozado de la preferencia del público piurano: Vegas Seminario, Moscol Urbina, Cronwell Jara, Espinoza León, Víctor Borrero. El futuro dirá si algunos jóvenes con nombres destacados finalmente desarrollan una obra narrativa que merezca mayor interés. Hay también otros, los que nunca aparecieron en ninguna antología pese a que su narrativa no es desdeñable, como Rómulo León Zaldívar (cuyos relatos se publicaron en los años 50) y Justino Ramírez (que encarna la estampa folclórica). En el otro extremo también ignoran a autores recientes como Roger Santiváñez (Piura, 1956), que desde hace años reside (y publica) en los Estados Unidos de América. Por si acaso, ninguna antología incluye los extraordinarios cuentos “Los jefes” o “El desafío” de Vargas Llosa. Pese al ambiente piurano y a la influencia que ha tenido sobre los más jóvenes nunca se ha sentido parte de la literatura regional, sea por la gran calidad del relato vargasllosiano, o por lo efímero de su presencia física en la ciudad norteña del gran escritor arequipeño.

Las antologías son también un buen espacio de reflexión respecto al sentido y características principales de la evolución creativa de la narrativa piurana. Los prólogos suelen brindar resúmenes o comentarios de los relatos seleccionados y pautas para su interpretación, aunque solo tres editores han tratado de elaborar un análisis reflexivo con cierta hondura; solo ellos han intentado elaborar una reflexión sobre la evolución de la narrativa regional norteña. Alberto Alarcón (Talara, 1949) atribuye una participación decisiva a cierta ideología vagamente comprometida y de signo progresista, la misma que habría permitido un desarrollo

más sincero y creativo a la tradición narrativa norteña, aunque tal vez haya cierta ofuscación en sus interpretaciones.

Sigifredo Burneo (Piura, 1952) procura, con más honestidad, revelar las constantes de la narrativa regional entendiendo ciertas líneas de continuidad en los temas y la preocupación por la expresión dialectal. Más recientemente, Fabián Bruno ofrece una visión algo mítica del supuesto “agrarismo” de la narrativa regional y presenta su generación, algo ingenuamente, como la mejor de todas por el uso poético del lenguaje y el esfuerzo por la experimentación narrativa. Acierta Bruno en advertir el cambio hacia un relato más urbano, más variado y más preocupado por la forma, pero ello no ofrece tampoco garantía de calidad ni de éxito.

También, es injusto que las nuevas antologías acusen a las anteriores de falta de originalidad. Es perfectamente legítimo que se preocupen por el cuidado del relato, pero si es fácil sentir la influencia de Ciro Alegría o López Albújar en los narradores de los años 50 y 60 igualmente es muy fácil hallar la presencia de Cortázar, Vargas Llosa, Ribeyro o Rulfo en los narradores posteriores. Y por más que el cuento se ambiente en Lima o en Estambul no aporta nada si reitera las mismas experimentaciones.

Todas las antologías son aproximaciones incompletas, pero el esfuerzo de los compiladores bien merece una consideración académica por su aporte al reconocimiento de narradores cuya lejanía respecto de la capital a menudo condena a un injusto ostracismo. Y eso junto a otros muchos que en verdad no merecían una selección que los rescate de su merecido olvido.

*Correspondencia:*

**Carlos Arrizabalaga**

Docente de la Universidad de Piura de la Facultad de Humanidades.

Correo electrónico: arrizabalaga@yahoo.com